misma del gran debate Occidental, esto es, el del pensamiento *puro*, y el pensamiento *combativo*. Pone en nuestras manos la pieza capital del proceso: el acta de acusación de ese clérigo vehemente que fue Lutero, contra el clérigo *desinteresado* que creyó poder ser Erasmo. Nos permite conocer uno de los orígenes históricos de esta posición fundamental, de esta discusión secular, de esta gran tensión espiritual de la que Europa ha extraído su dinamismo creador: que remor decir, la oposición entre el testigo *responsable* y el espectador *independiente*.

El punto de vista del "clérigo puro"—el de Erasmo—es ya, para todos, suficientemente conocido. Señalaremos en particular, la brillante biografía de Stefan Zweig, y además, la obra reciente de ese perfecto discípulo de Erasmo: M. Benda. Dice Erasmo la verdad, pero se lava luego las manos, y se rehusa a aceptar las consecuencias de su verdad; aún más: llega a desear que no sobrevengan tales consecuencias. Actitud ésta que los prudentes, no sin apariencia de razón, se apresuran a aplaudir. ¡Son tantos los crímenes que se han cometido a nombre de la verdad, como que más se ha servido el hombre de ella que servir a la verdad!... ¿La intervención personal de Lutero cambiará el curso de las cosas? Por lo menos, pone calor en el debate, y lo hace trepidante, pues nadie, en mayor grado, encarnó nunca la voluntad del pensamiento militante, que este monje pequeño que, en Worms, osó levantar la urgente exigencia de su verdad en acción.

¿Qué encontrará desde luego en esta obra, qué es, ante todo, la de un teólogo, un lector profano y poco versado en la problemática cristiana? Sin duda, un apasionamiento polémico, que puede halagar en él el gusto por lo pintoresco; pero, además: un ímpetu genial, la violencia leal de una certidumbre abrumadora, verdaderamente "grave"; de una dialéctica sobria y obstinada que va recta al punto decisivo, y que, considerando honestamente las objeciones, una a una, concede a la tesis adversa todas sus posibilidades, no sin ironía algunas veces y sabe, por fin, conferir a la tesis propia la fuerza y la simplicidad de una constatación evidente. Desde un punto de vista puramente estético, estas cualidades son ya bastante raras y, tratándose de Lutero, tan evidentes, que cualquier director, aun rechazando lo esencial, es decir, la fe de Lutero, se siente cuando menos atraído y subyugado por el estilo, por el tono de la obra.

Pero no es posible reducir el "Traité du Serf Arbitre" a una simple disputa con Erasmo. Esta sólo sirvió de pretexto y comunicó a la obra la verbosidad del monje su acento personal, a la vez irónico y conmovedor.

En efecto, todas las afirmaciones fundamentales de la Reforma, se encuentran mencionadas aquí por Lutero: la justificación por la fe, que es en nosotros don gratuito y obra solamente de Dios; la oposición entre la justicia otorgada por Dios y la justicia adquirida por nuestros méritos; la

oposición entre palabra viva y tradición codificada; el sentido de la decisión total entre un *sí* y un *no* absolutos, y la negación de todo término medio entre los reinos del Dios de la fe y el Príncipe de este mundo; la necesidad del testimonio, y del testimonio fiel, confirmado íntimamente por el Espíritu Santo, y fuera de nosotros, por la Escritura, testimonio que constituye la verdadera acción del hombre en las manos de Dios. A este respecto no es exagerado ver en el "Traité du Serf Arbitre", una especie de compendio—afortunadamente muy poco sistemático—de las posiciones esenciales de la Reforma.

Por cuanto a la tesis particular, la negación del libre albedrío religioso, es decir, del poder del hombre para obtener la salvación por sus propios esfuerzos, no es lugar éste para discutirla. Observaremos tan sólo, para prevenir la peor incomprensión, que Lutero no niega la realidad de la voluntad. Niega solamente que esta voluntad pueda aplicarse libremente a las cosas que conciernen a la salvación. La voluntad, dice, forma parte de nuestra naturaleza, y como tal, no desea, sinceramente, sino el pecado. La libertad no está en el hombre sino en el acto mediante el cual Dios le elige, substituyendo a un destino fatal una vocación de orden absolutamente diferente.

Fatalidad y libertad: el problema no puede considerarse como exclusivo de la teología. Se encuentra en la entraña del pensamiento humano. Todo hombre que quiere considerar su existencia en términos radicales, verdaderamente serios, se ve constreñido a este dilema, o por mejor decir, a la aceptación simultánea de sus dos términos. Como se sabe, el mismo Nietzsche llegó a una conclusión paradójica, semejante a la de Lutero: a sus ojos la libertad se encuentra en el conocimiento viril de una necesidad inmutable, aceptada y amada como tal. Pero esta necesidad, para Nietzsche, se llama *el fatum*, la fatalidad sin faz del retorno eterno de todas las cosas. Para Lutero es, por el contrario, la Providencia, la persona misma de Dios, eternamente activa y amante. Hay que escoger, ¿pero, es libre tal elección?, volvemos a caer así en el debate entre Lutero y Erasmo. El demasiado prudente humanista ¿habría comprendido con toda su íntima fuerza la realidad de un dilema que sacrifica el hombre a la verdad?

(De "Les Nouvelles Littéraires". París, junio de 1937.)

China, País Eterno

P o r A B E L B O N N A R D

TODO hombre de cierta cultura debería tener un buen Atlas sobre su mesa y mirarlo de vez en cuando; esto le despertaría ideas sencillas que no es difícil tener, pero que sí es desagradable olvidar. Consideremos en el mapa la vasta extensión de la China; es éste un país, un mundo,

y no, como las naciones de nuestra Europa, una frágil patria que cualquier desastre podría hacer pedazos, sino, por el contrario, una realidad que no puede ser destruída ni suprimida: la más poderosa congregación humana existente sobre la tierra. China no posee, ciertamente, la extrema antigüedad que se le atribuyó en el siglo XVIII; es muy inferior en este punto a la Mesopotamia y al Egipto. Muy lejos está también de haber gozado, como en el mismo siglo se creía, de una paz casi inalterable. Su historia está llena de guerras y de catástrofes, tal como los anales de todos los pueblos. Nuestra Tierra es, antes que nada, un planeta dramático, y la grandeza del hombre no padecería menos con desastres y males excesivos, que con una monótona continuidad de reposo. Sin embargo, este país, tan turbulento como cualquier otro, ha sabido emanar de sí, durante siglos y siglos de serenidad, la imagen de un orden tan delicado y perfecto, que se nos presenta como una de las más imponentes creaciones de la historia. El Imperio Chino parece corresponder en el planeta al Imperio Romano, pero ha durado mucho más que éste y se le ve revestido de una mayor majestad. Para todo el Extremo Oriente, la China ha sido al propio tiempo país de poderío y país de cultura. Dominó así en el orden del pensamiento como en el de la política, y puede decirse, hasta donde tales analogías resultan admisibles, que supo reunir en sí, para los hombres del Extremo Oriente, las dos superioridades que entre nosotros caracterizan a Atenas y Roma. China representa, en los tiempos modernos, la única gran sociedad humana que ha logrado realizarse de acuerdo con sus propios principios y sin deber nada a los nuestros. El orden que China representa es superior a todo lo que ha producido el Occidente, por la precisión de su designio y la tenuidad de sus líneas. Donde entre nosotros había barreras se diría que en aquel país se abrían caminos. Entre nosotros queda siempre, en el fondo de las naciones, una masa obscura que no acepta el pacto, y a la que hay que dominar por la fuerza. En la China clásica, el espíritu social parece haber penetrado a la población entera, hasta a los bandidos, hasta a los mendigos, que alardean también unos y otros de respetar los ritos. Ningún hombre quiere quedar excluído de la armonía social. Todos se sienten discípulos dóciles de Confucio. Todos parecen aceptar plenamente la disciplina establecida y encontrarla justa, aun en el caso de caer bajo su rigor. El hombre a quien algún mandarín ha ordenado propinar determinado número de azotes, viene a besar la mano del magistrado, para agradecerle el correctivo paternal que le pone nuevamente sobre el recto camino. Algunos dirán tal vez que todo esto no es más que hipocresía; mostrarán con ello el corto alcance de sus reflexiones, o la preferencia que sienten por la brutalidad. Pues donde la hipocresía llega a manifestarse de esta manera, nos está señalando ya, con ello, el triunfo de la civilización.

China se impone a nosotros por esta plenitud y esta repleción de civilización que existe en ella. Sobre los individuos que pasan a su alcance ejerce siempre una atracción de astro. Si tan fuertemente se sienten atraídos es, acaso, porque envidian aquel sentimiento de seguridad que el hombre debe gustar en el seno de una sociedad en que nadie vive aislado. Las densas multitudes chinas se diría que otorgan y aseguran protección a quienes viven dentro del conglomerado, cualesquiera que sean sus males y sus desdichas: ya en el seno de la familia, o englobados en una cofradía de artesanos, experimentan todos el placer de ser *innumerables*. Por otra parte, es carácter propio de las naciones occidentales, y en particular de nuestro país, el que la vida social no se haya desarrollado sino a costa de alejar al hombre de la naturaleza y confinarlo entre las murallas que se levantan en rededor de él. Por el contrario, la sociedad china, se integra en el Universo, y es la persona del Emperador quien establece esta unión. País agrícola por su origen, para la China cada cambio de estación es un acontecimiento. El Imperio, en toda su vastedad, es sensible al paso de las ocas salvajes. El orden social se apoya en el orden cósmico. No solamente se hallan exactamente orientados los palacios y las murallas, las casas más humildes lo están, y sus cuatro muros se dirigen hacia los cuatro puntos cardinales. Nadie se atrevería en China a lastimar el cuerpo de la tierra levantado al azar un edificio. El geomántico ha de determinar el sitio en que ésta o aquella construcción deben levantarse, pues tanto en el aire como subterráneamente corren influencias que han de ser captadas para verterse en los puntos elegidos. El pueblo chino es el más terrestre y el más material de todos los pueblos. Se hallan los chinos apegados a la tierra, por sus labores agrícolas, y a la tierra quieren volver y anhelan dormir en ella, después de muertos; una larga vida es entre los chinos considerada oficial y unánimemente como la mayor de las felicidades. Pero esta misma China pende de los astros; sus ciudades son empolladas por las constelaciones, y el Dragón abarca lo mismo los abismos de la Tierra que los del Cielo.

Así es China, íntegra y feliz, con la filosofía vertiginosa de Lao-tseu y de Tchoang-tseu; la moderación un tanto mezquina, pero a menudo exquisita de Confucio, y la doctrina budista que ha fundido todo el egoísmo que el país llevaba en su corazón. En China el hombre se expresa esencialmente por ritos, esto es, por actos discretísimos, que no toleran ni la improvisación, ni los despropósitos del individuo, pero en los que toda alma puede manifestarse en lo que tenga de más exquisito y más puro, por la manera como se vierte en un molde fijado desde siglos. La China se expresa por sus artes, por sus pinturas de un prestigio incomparable, y en las que grandes maestros del arte y del pensamiento han fijado sus ensueños del mundo. Nos habla por sus poemas de una sensibilidad friolenta, sin duda, los más discretos que existen en cualquier literatura, y en

donde el sabio autor nos demuestra que sabe sentir todavía las alegrías y los dolores como un simple mortal. Se expresa también por esos tiburones suyos de una forma tan plena y definitiva, que se diría, cualquiera que sea el lugar donde se hallen colocados, que desde allí ejercen su preeminencia y que representan por sí solos, como en miniatura fiel, el orgullo solemne, la inmovilidad central, la trascendente majestad de este Imperio que nunca ha dudado de su superioridad sobre todos los otros imperios. Nos habla también la China por sus *bibelots* de una minuciosidad encantadora en los que se manifiesta su genio a la vez infantil y senil por sus abanicos, sus bellas borlas de seda, las que en la vejez de una sociedad refinada se asemejan a todo lo que el otoño produce de más fastuoso y frágil en el declinar de la estación. Nos habla también por sus edificios, más que contruídos levantados; pabellones o templos que, en lugar de romper con la naturaleza, como los nuestros de Occidente, parecen al contrario, en aquel país, posados delicadamente: como bordados sobre la tierra. Se nos manifiesta, por último, por el espectáculo augusto de la ciudad de Pekín, por la grandeza, fija ya para siempre, de esos palacios sin edad, palacios que en su majestad suprema, conservan, sin embargo, una simplicidad rural. Tan sólo quien haya alcanzado un alto grado de civilización podrá comprender la China: así aquellos jesuitas franceses del siglo XVIII, tan finos, que podían parangonarse con los letrados chinos, sus antagonistas en religión; así también ese admirable grupo de cónsules franceses cuya vida transcurrió en insinuar su curiosidad en la entraña del alma china, y así, por último, ciertos ingleses de alta cultura, de alma selecta y de gran saber.

Parece necesario hablar de la China actual; pero es que ésta no puede separarse de la de los siglos pasados. La República no es allí más que un nombre. Las diferentes provincias se hallan en poder de diversos generales, especie de políticos que disponen de soldados, en vez de contar con electores. La condición del pueblo es pavorosa. Los campesinos chinos, que por su perseverancia en el trabajo, su humanidad y su cortesía, constituyen acaso el mejor tipo de agricultores que existe en el mundo, no gozan ya ni de un solo instante de paz. Rusia se esfuerza por extender su dominio sobre China; puede hacerse agradable a los chinos por cuanto los excita contra los otros países extranjeros; y los desdichados campesinos, agobiados por la desesperación, acaso se crean comunistas, pero entre los dos pueblos hay una desigualdad desmedida y, por parte de China, una marcada superioridad de cultura y de civilización: no pueden, pues identificarse con estos rusos que, junto a ellos, viven aún en la barbarie. Los americanos de Estados Unidos, se han esforzado por halagar a los chinos, pero los Estados Unidos, contrariamente, son un pueblo demasiado nuevo y sencillo para obtener éxito al lado de una nación de pasado tan largo. Los chinos no simpatizan con los japoneses, y sin em-

bargo, entre ambos existen mayores afinidades que antipatías. En todas las dificultades políticas que se presentan, los chinos saben, por arte y por instinto, qué recursos deben emplear y qué hombres deben atraerse entre sus adversarios y también por qué medios. El estudiante es un elemento nuevo en la composición de China, y ha comunicado al orgullo del país una superficie más cosquillosa y susceptible.

Son profundas las inquietudes que agitan a China, como al resto del mundo, y todo hace presumir que su término se encuentra lejos todavía. Pero el Asia vive con un ritmo que no es el ritmo de Occidente. Y, no importa qué llegue a ocurrir: China será siempre un país grande.

(De *Les Nouvelles Littéraires*. París.)

La Hora de la Duda

Por ENRIQUE JOSE VARONA

... Cuando llegó para Emerson (¿para quién no?) la hora de la duda; cuando en un recodo de la senda, hasta entonces llana, descubrió escabrosidades que no sospechaba y más de un camino para llegar al fin no bien percibido, el alto no tuvo que ser duradero, ni la consulta prolongada: juzgó uno mejor, y lo siguió sin vacilar, aunque cambiando de dirección. Los que le acompañaban hasta allí lo dejaron ir y le siguieron acompañando con su respeto. Ni concebía, ni era fácil concibiera, al hombre digno sin la sinceridad en la palabra y en la acción. Por eso ha dicho y enseñado de un modo tan enérgico: "Dí lo que piensas hoy con palabra segura, y dí mañana, con igual seguridad, lo que pienses mañana, aunque contradiga todo lo que has dicho hoy". Cuando llegó el momento, Emerson declaró su contradicción y la demostró con sus acciones. Merece que recordemos el caso.

Ejercía su ministerio, querido y respetado por todos aquellos a quienes edificaba con la palabra y el ejemplo; pero su espíritu continuaba su poderosa evolución, y pronto descubrió que negaba su asentimiento a algunas de las prácticas más antiguas y de los ritos más significativos de su iglesia. Procuró, con prudencia y decisión, su reforma, pero fue en vano; sus cosectarios permanecieron apegados a lo estatuido. Los convocó entonces, les expuso en términos sencillos y elocuentes su disentimiento, se despidió de ellos con ternura y dejó el ministerio. "En mis funciones de ministro cristiano—les dijo—es mi deseo no hacer nada que no pueda hacer de corazón. Con deciros esto os lo he dicho todo". Palabras admirables que nos descubren al hombre y nos pintan todo un estado de civilización.